tución de la mujer hermosa que la prostitución del arte?

Al *positivismo* brutal de la ciencia ha sucedido el realismo grosero del arte, porque á la anarquía de las ideas sucede siempre la corrupción de los sentimientos. Muerta el alma por la acción de esa ciencia, claro está que han de corromperse las costumbres por la acción de ese arte.

La literatura, encargada de animar y embellecer los nobles sentimientos, nos ofrece hoy obras que al desorden material de la forma unen el desorden moral de los pensamientos; porque la corriente *positivista*, que todo lo invade, pasa de las universidades á los teatros, de los libros de texto á los de recreo, de la cátedra á la novela y al drama, del catedrático al poeta.

Este realismo literario, que parece complacerse en buscar los elementos de sus fábulas en las hediondeces de la sociedad, como si no hubiera ya más género humano que el que se revuelca en los lupanares ó se arrastra en los presidios, no tiene, digámoslo en honor de su gloria, más competencia que aquella que le hacen en el gusto público la estadística criminal de los tribunales y las colecciones patibularias de las causas célebres.

Acaba de decir la ciencia que el hombre es Dios, y el arte del día, con un instinto satírico de que él mismo no se da cuenta, nos advierte casi diariamente que es el dios más despreciable que ha podido caber en cabeza humana.

PENSAMIENTOS COGIDOS AL VUELO

Ante todo, no me habléis tan ciegamente de la libertad humana, porque me vais á hacer creer que la virtud es una tiranía.

Yo sería el ser más libre que pisa la tierra, si me pudiera rebelar contra mi propia conciencia, obstinada en encadenarme al yugo de mis deberes.

Nada hay en el mundo que me mortifique tanto como el recuerdo de tu inconstancia. Pues bien: no sé pensar más que en ese recuerdo, que tan cruelmente me mortifica.

Ahora bien: ¿por qué queréis hacerme creer que mi pensamiento es libre?

¡Libertad! He ahí un deseo continuo que acabará por indisponernos con nuestras obligaciones, y por malquistarnos con nosotros mismos.

Enseñanza libre quiere decir que todo puede enseñarse.

He aquí el profesorado:

Los enfermos enseñan la lengua.

Los pobres enseñan los codos.

Los perros enseñan los dientes.

Cualquiera enseña los puños.

¡Quién no enseña la oreja!....

En el lenguaje vulgar, que es el sentido común del lenguaje, la palabra *libre* suena lo mismo aplicada á una mujer que á un hombre.

En ambos casos quiere decir lo mismo.

La filantropía es el recurso de que se vale el

egoismo, que es humano, para huir de la caridad, que es divina.

Es la tierra volviéndole la espalda al cielo.

Me inclino á creer que eso que llamamos publicidad es una ficción de nuestras costumbres, porque no consiste precisamente en lo que se habla á voces, sino más bien en lo que se dice al oído.

Todo lo sabemos, es verdad; pero lo sabemos en secreto.

Hay una especie de instrucción privada fuera de las Academias, de los Institutos y de las Universidades, que constituye un estudio muy importante para los que pretenden tener al dedillo los elementos de la historia contemporánea.

Cada descubrimiento de esta ciencia auxiliar, que se va formando por sí misma, se transmite de individuo á individuo, de casa en casa, de familia en familia, de círculo en círculo, con el mayor secreto.

Murmuración se llama esta ciencia.

Ella todo lo averigua, todo lo explica, todo lo sabe y todo lo dice.

Constituye una especie de comercio mutuo, íntimo, cambio recíproco y continuo de cuentos, fábulas, historias.... que se establece en toda reunión amena de seres humanos.

Murmurar es una de las cosas vergonzosas que todos hacemos.

La murmuración se parece al humo.

¿En qué?

En que se disipa pronto y en que ennegrece todo lo que toca.

A la vez se parece á la lima sorda, en que corta sin ruído, y á la gota de agua en que rompe la piedra.

Véase qué disparate: murmurar es sacar á relucir las oscuridades de las vidas ajenas.

Dice la Gula:

«¡Dios mío! ¿Por qué las perdices escabechadas no han de ser tan grandes como los avestruces?»

Dice la Avaricia:

«Si todo fuese mío, aún seguiría codiciando lo ajeno.»

Dice la Pereza:

«Mañana.»

Dice la Envidia:

«Lo que más deseo, es lo que más aborrezco.»

Dice la Soberbia:

«Yo.»

Un billete de Banco no es más que una pregunta absurda.

Prestadle atención, y veréis que dice:

«¿Dónde está el dinero que yo llevo?»

Tres cosas alemanas, ante las que me detengo siempre que pienso en ellas:

La cerveza, que no me gusta.

La filosofía, que me marea.

Y la música, que no la entiendo.

La velocidad de la locomotora, la rapidez del telégrafo, la precipitación de los sucesos.... todo nos dice que vamos á escape.

¿Quién nos persigue?

Parecemos criminales descubiertos que huímos de la justicia de nuestra propia vida.

La ambición es la pasión humana que tiene más necesidades.

Para bañarse, necesita el Océano.

Para navegar, necesitaría todas las aguas del diluvio.

En su mesa hay que servir elefantes en salsa y ballenas en conserva.

Á falta de estos alimentos, devora pueblos y engulle naciones enteras.

La economía, ó es una necesidad antigua, ó una ciencia moderna.

Como necesidad, aconseja el ahorro, y como ciencia, aconseja el lujo.

Y véase de qué manera un hombre puede ser á la vez dos cosas enteramente opuestas.

Una, si es económico.

Otra, si es economista.

He visto amanecer algunas veces, y he aquí lo que he visto:

Algo de ese interés inquieto con que una mujer arregla sus cabellos, compone la sonrisa, dulcifica las miradas y pregunta á los espejos, cuando el reloj incansable interpone los últimos segundos entre el hombre que viene y ella que espera:

Algo del asombro con que Adán debió ver por primera vez, entre las frondosidades del Paraíso, los delicados contornos de Eva:

Algo del desorden de vestidos y joyas, de adornos y colores, de cintas y lazos, que aparece en el cuarto de una actriz pronta á salir á la escena:

Algo del movimiento de palabras y de sílabas en que debe hervir la cabeza de un poeta en los misteriosos instantes en que toma forma luminosa su pensamiento:

Algo del resplandor indefinible que brilla en los ojos en el punto mismo en que van á romper á llorar:

Algo, en fin, del relámpago que ilumina los semblantes más tristes en el momento en que la boca va á sonreir:

Después.... después no he visto nada, porque ya era de día.

Los árboles tienen copas, y los pájaros anidan en las copas de los árboles.

Los sombreros tienen copas, y los hombres meten las cabezas en las copas de los sombreros.

Véase por qué las cabezas de los hombres suelen irse á pájaros.

El frío es la ausencia del calor.

La oscuridad es la ausencia de la luz.

La muerte es la ausencia de la vida.

De la misma manera el error es la ausencia de la verdad.

Por eso la verdad es el calor, la luz, la vida.

Por eso el error es el frío, la oscuridad, la muerte.

El espectáculo de las buenas acciones es el ejemplo.

El espectáculo de las acciones vergonzosas es el escándalo.

NUESTROS TIEMPOS

I.

Hemos convenido en que la imagen del tiempo se nos representa bajo la figura de un anciano oprimido por el peso de la edad; encorvado bajo la pesadumbre perpetua de la vida; triste, como si para él no hubiese consuelo en el mundo; sombrío, como si llevara en su pensamiento todas las desesperaciones de la tierra; mudo, como quien ha pronunciado su última palabra; implacable, como quien ha resuelto acabar con todo.

Nuestra imaginación no se contenta con esos rasgos característicos que forman la imagen estereotipada del tiempo, y se le ha añadido, como complemento necesario, la terrible guadaña con que también pintamos á la muerte, ni más ni menos que si la muerte, que todo lo acaba, y el tiempo, que todo se lo lleva, fuesen una misma cosa.

Así lo vemos representado, cubriendo con sus alas incansables las esferas de los relojes que palpitan sobre los mármoles de las chimeneas, delante de los espejos que cubren las paredes de los salones.

Allí está, como animando el resorte que da movimiento á las agujas, haciéndolas señalar el curso fugitivo de las horas. Parece que nos incita á devorar los goces de la vida, y al mismo tiempo parece que se burla de la precipitación con que vivimos.

Parece además que á la vez nos empuja y nos detiene.

Si consideramos su inmovilidad, creeremos que yace sumergido en un reposo eterno; mas contemplando la tensión de sus músculos, la actividad que, si puede decirse así, da movimiento á la misma inmovilidad de la figura, lo veremos huir sin que ninguna fuerza humana pueda detenerlo.

Pasa sin alejarse; se va, y permanece.

Convengamos, pues, en que el arte ha realizado un prodigio, encerrando la idea inmensa del tiempo dentro de los límites de la figura humana; mas reconozcamos también que el prodigio es bastante incompleto, en razón á que ese concepto extraño está fuera de los límites que alcanza el arte de los hombres. Porque ¿cómo se encuentra la imagen fiel de aquello que carece de toda imagen?

Eso sí, se le ha encontrado en el lenguaje un nombre, que ni lo define ni lo explica, pero que al

fin lo designa; y ¿qué más necesita el orgullo humano para creerse al cabo de la calle, cuando precisamente se trata de una calle que no tiene límites? Se trata de la gran calle abierta al movimiento del universo, á las creaciones sucesivas de la naturaleza y al curso de las generaciones.

Ciertamente no es posible dar alguna idea acerca del tiempo sin apelar al recurso de los años; mas he aquí que la figura de un anciano con que el tiempo se nos representa, no es exacta, en razón á que el tiempo no envejece nunca.

Sería preciso reunir en una misma imagen la ancianidad y la juventud; un viejo perpetuamente joven sería la imagen verdadera del tiempo. Para expresarlo hay que reunir en una misma idea estas dos palabras opuestas: «Un instante eterno.»

Sumad días, siglos; echad sobre sus hombros el peso de todas las edades; añadid á ese enorme guarismo toda la vejez de la eternidad, y el tiempo saltará á vuestros ojos, se escapará de vuestras manos, ágil, suelto, ligero, ni más ni menos que si acabara de entrar por las puertas de la vida.

Y bien: ¿cómo comprendemos en la breve capacidad de un guarismo cantidades sin número?

¿Dónde está la palabra humana que pueda contener la inmensidad de ese concepto sin límites?

¿Por dónde ha llegado á nuestra noticia esa idea que se escapa á la sutileza de nuestra razón?

¡La ciencia!....

¡Oh! El sentimiento de la eternidad es en el

hombre anterior á toda sabiduría humana, y es, á la vez, inexplicable é inextinguible.

¿Qué cosa es el tiempo?

Digámoslo: casi no pasa de ser una nueva suposición, una realidad enteramente fantástica, una idea de la que apenas se tiene una idea.... Un mito.... nada.

II.

—¡Nada!.... Famoso descubrimiento, que, sea como quiera, nos entreabre las puertas de la perpetuidad sobre la tierra, pues averiguada la nulidad del tiempo, cae por su propio peso la invención de los años, y, quieras que no quieras, acabaremos al fin por ser eternos.

Seguramente no contó Condorcet con este recurso para prometernos la inmortalidad, ni Renan lo ha tenido presente para anunciarla de un día á otro; pero ello es que estos dos sabios la han adivinado; sólo nos queda que hacer el último esfuerzo.

Parad el magnífico reloj del universo; suspended en su momento más espléndido la vida de la naturaleza, y desaparecerán las horas que huyen, los días que pasan, los años que envejecen, y en medio de esta universal parálisis, podremos reirnos de la muerte.

Y.... ¡quién sabe! ¿No es esta la exclamación

definitiva de la ciencia moderna?.... ¿No es la duda el principio mortal de toda nuestra presente sabiduría?.... Pues bien: ¿quién sabe si nos acercamos al momento geológico de la petrificación humana? Vemos que el corazón se endurece, que el espíritu se metaliza, que los sentimientos y las ideas, las leyes y los sistemas, el arte y las costumbres se materializan, y, en medio de la grosera cultura que nos invade, helada el alma por el egoismo, al cabo de tantas vueltas, bien podemos pensar que sea la última evolución del progreso moderno el hombre fósil, esto es, la sociedad en el estado físico del positivismo neto.

Ello es que decimos tiempo, lo mismo que decimos espacio, dos capacidades sin término, dos soledades sin límites, que descubrimos sin verlas, que palpamos sin tocarlas, que reconocemos sin comprenderlas, y en las que encuentran colocación el universo y sucesión las generaciones.

Cero inmenso de una aritmética impenetrable que contiene en sus ilimitadas soledades la cantidad innumerable de todo lo criado.

Suprímase la creación, y lo que llamamos tiempo desaparecerá, como desaparece la sombra al desaparecer el cuerpo que la proyecta, porque, en resumen, el tiempo no es más que una condición de la vida, la relación cronológica de las cosas, el orden inalterable en el movimiento de la naturaleza y en el curso de los acontecimientos humanos.

Todavía no hemos podido convencer á los ojos

de que es la tierra la que da vueltas alrededor del sol, como vuela una mariposa alrededor de una lámpara, y decimos: «el sol sale,» «el sol se pone;» le atribuímos nuestro movimiento, nuestra instabilidad, y lo medimos por nuestros pasos sobre la tierra, por los latidos de nuestro corazón, por las pulsaciones de nuestra vida.

Imaginaos un espejo en cuyo cristal inmóvil se van sucesivamente reflejando las imágenes fugitivas de todo lo que está condenado á perecer, y tendréis del tiempo la idea más exacta que puede concebir el conocimiento del hombre.

El tiempo no pasa, somos nosotros los que pasamos. Si viene, ¿de dónde viene?.... Si va, ¿adónde va? No podemos detenerlo ni nos es posible anticiparlo. Es siempre el mismo instante repetido millones de veces; es la eternidad vista por el estrecho agujero del momento en que vivimos.

La eternidad es inmutable, es un instante sin fin, en ella está todo presente; en el tiempo todo es mudable, todo es fugitivo, todo acaba; lo presente es un soplo, lo pasado un recuerdo, lo porvenir una esperanza.

Tiempo, en el lenguaje de los hombres, no expresa más que una idea de relación, un sentido de referencia á los fenómenos de la naturaleza y al curso de los acontecimientos humanos. Viene á ser una suma fantástica á la que vamos agregando días, meses, años y siglos, esto es, series de hechos, fechas que se van encadenando en orden subversivo

para formar la historia del universo y la historia del hombre.

¿Qué es?.... Un misterio que se burla de la ciencia; que se mofa de la juventud; que se ríe de la vida, de la ambición y de la gloria; que nos saca de la cuna y nos lleva al sepulcro; que nos cubre de flores para después cubrirnos de arrugas; que nos pone primero la sonrisa en los labios, para ponernos á los pocos pasos la tristeza en el alma; que siembra en nuestros corazones las semillas de todas las esperanzas, para dejar más tarde en el fondo de nuestra memoria los abrojos de todos los recuerdos.

Si se mide por el placer, es un soplo; si se mide por el dolor, es un siglo.... Si esperamos una alegría, ¡cómo tarda! Si tememos una desgracia, ¡qué pronto llega!

Su movimiento es siempre igual, uniforme, inalterable, como el movimiento de los astros y el curso del universo; pero cada uno tiene su medida para fijar la lentitud con que llega ó la rapidez con que pasa.

Diremos que es el camino de la vida, porque donde el tiempo acaba, la eternidad empieza, de la misma manera que encontramos la inmortalidad al otro lado de la muerte.

III.

Tender la mirada á lo que me atrevo á llamar los espacios interminables del tiempo, equivaldría á echar la sonda en un mar sin fondo y sin orillas.

Preguntadle á la ciencia de las exactitudes en qué rincón de las matemáticas se esconde el valor de la última suma, y veréis que el número, multiplicándose millones de veces, permanecerá siempre á la misma distancia de la incógnita. Sumad, sumad sin descanso, y no llegaréis nunca á la última suma, porque la cantidad definitiva no pertenece á la aritmética de los hombres.

En el fondo de toda ciencia humana hay una boca entreabierta, medio desdeñosa, medio risueña, que á la vez se compadece y se burla de los vanos esfuerzos de la sabiduría del hombre. Allí está la *X* inexorable, impasible, con los brazos cruzados, desafiando el poder de nuestra inteligencia y la arrogancia de nuestro orgullo.

La imaginación, espantada, se detiene al borde de este misterio, y vacila suspendida ante los abismos del tiempo. Si nos fuera permitido suprimir el tiempo, el género humano viviría sobre la tierra sin porvenir y sin historia, sin recuerdos y sin esperanzas, viviría sin vivir, sería sin ser y existiría sin existencia.

Esa idea abstracta, ese elemento, si puedo llamarlo así, que carece de toda realidad, es absolutamente indispensable para que todo se realice, es la necesidad absoluta de la vida de todo aquello que ha nacido condenado á muerte.

Sin tiempo no hay acción, y la acción es el alma del lenguaje humano; es como la actividad que anima á las partes de la oración, porque el verbo es la sangre de la palabra; se le siente palpitar en todo el mecanismo de las lenguas: no hay manera de expresar un pensamiento sin que la claridad del verbo lo ilumine. Omítasele por elegancia, por concisión, por modismo, ¿y qué? Es inútil: el verbo estará allí, implícito, como está la mirada en los ojos, como están los colores en la luz, como está el pensamiento en la frase: en toda palabra, sea el que quiera su valor gramatical, hay un verbo; sin verbo no hay lenguaje.

Todos lo sabemos: el momento oportuno es el que decide muchas veces del éxito de las cosas y del destino de los hombres; en un minuto más ó en un minuto menos suelen encerrarse las ocultas decisiones de la suerte. Llegar antes, es casi no llegar; llegar después, viene á ser lo mismo que no haber llegado. Pues bien: la oportunidad es el secreto que más cuidadosamente guarda el tiempo.

El cuarto de hora en las mujeres, la *racha* en los

jugadores, la fortuna en los ambiciosos, no consisten más que en llegar á tiempo.

¡Cuántas grandezas presenciamos, cuyo único mérito consiste en haber llegado en el momento oportuno! Y he ahí que el tiempo, con la misma facilidad que las trae, se las lleva.

Si bien se mira, todo es en el mundo cuestión de tiempo.

Además, el tiempo es el principal elemento de la música; todo en ella consiste en entrar á tiempo: por lo cual, sin duda, en medio del desconcierto europeo en que nos hallamos, el tiempo viene á ser la asidua ocupación de las grandes potencias.

Ved lo que sucede.

Rusia se empeña en ganar tiempo.

Turquía da tiempo al tiempo.

Alemania deja correr el tiempo.

Austria vive pasando el tiempo.

Francia no hace más que perder tiempo.

Italia, no pudiendo por ahora tomar otra cosa, se toma tiempo.

España se pasa la vida matando el tiempo.

Inglaterra, en fin, que ha descubierto que el tiempo es oro, sólo piensa en hacer tiempo.

Si ante la seriedad de los acontecimientos que ensangrientan á Europa nos es permitido un momento de hilaridad, podremos reirnos á la vez en las barbas de la astuta diplomacia y en las barbas de la formidable estrategia, porque cada una de

estas dos divinidades humanas, que se han apropiado el dominio del mundo, se cree árbitra de los sucesos, ni más ni menos que si una y otra tuvieran en sus manos los secretos designios de la Providencia. La primera cuenta con la virtud particular del protocolo, y la segunda con la eficacia ejecutiva de la victoria, como si los protocolos no fueran revisables y las victorias fueran invencibles. La justicia internacional no tiene otro modo de entenderse: ó se lava las manos en tinta, ó se las lava en sangre.

En presencia de la guerra de Oriente, ¿quién habría podido decidir de los futuros destinos de Rusia y de Turquía? ¿Un congreso ó una batalla?

En verdad, la suerte del mundo no está confiada al bárbaro estrépito de los cañones ni al egoismo más bárbaro todavía de los protocolos, porque hay siempre una mano invisible que detiene la carrera triunfal de los vencedores, y un soplo inesperado que derriba á lo mejor los castillos de naipes construídos por la diplomacia. Este incidente, nunca previsto, es un secreto que no está al alcance de la espada más victoriosa ni de la cancillería más astuta: lo mismo se ríe de la diplomacia que de la victoria; se oculta en rincones desconocidos para los hombres, y en el momento supremo del cálculo más agudo ó del triunfo más completo, se presenta, y todo lo deshace. Es un secreto que ni se conquista ni se soborna: se puede decir que está fuera

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

del tiempo, porque esta dificultad súbita en que se estrellan todos los poderes humanos, se designa con el nombre genérico de contratiempo.

Tal es el tiempo; pero el tiempo se divide en tiempos, y estos en que hemos nacido no son menos curiosos que el tiempo mismo; merecen verse, y otro día más despacio los veremos.

GALERÍA DE HOMBRES CÉLEBRES

—

I.

EL REY QUE RABIÓ.

Una de las investigaciones que más en actividad ha puesto la curiosidad de la ciencia moderna, es la averiguación de un ser desconocido, fuera de toda época, ignorado en las tradiciones más remotas, perdido en la oscuridad de los tiempos más lejanos, sin que haya dejado ni el más ligero vestigio de su paso por la tierra.

Viene á ser un problema planteado sin términos, cuya incógnita es siempre cero.

En rigor, equivale á buscar á tientas, en medio de la oscuridad más profunda, una cosa que no se le ha perdido á nadie.

Más claro: es, en resumen, la averiguación de la autenticidad de un hecho que nadie sabe.

Ello es que la ciencia, semejante al espejo maravilloso de Dupotet, se obstina en reflejar una